

con ese hipócrita, con ese cigarrón mortecino de Vicente?... La otra, la otra siquiera se ha ido á los infiernos cubierta de diamantes, esmeraldas y *tropacios*; pero vosotros, ¿qué lleváis más que alhajas de diaquilón, parches de belladona, y por perlas, píldoras de ruibarbo y de asta de ciervo molida?... Tú, gran bestia, marido mío, toma Madrid, toma bambolla: tus hijas *tales*, y yo... también lo sería para confundirte, que ahí está Perantón suspirando por mí. Pero ¿cómo quieres que yo le haga caso á Perantón, si él cumple los noventa el día de San Mateo, verbi-gracia pasado mañana, puesto que hoy estamos á 19?... Todo te lo mereces, que en Madrid, ya se sabe, no haces más que perder dinero en el Casino... esto por el día... y por las noches derrochas la salud y la vergüenza en sitios peores. ¡Vaya un ejemplo que das á tus hijos! Las hembras, después de bien resobadas por tantísimo novio, aprenden todos tus vicios de *hombre público*... Y los niños, esos pobres niños, ¡ay! más valdría que se murieran...»

D. Bruno sintió escalofrío, y difícilmente respiraba. Viendo á los chicos aterrados, fijando la vista en la pavorosa imagen de su madre con piedad y estúpido supremo, puso la mano en la cabeza del que más cerca tenía, y dijo: «No hagáis caso... ¡Qué trastornada está la pobre!»

XXXI

Repetida esta desagradable función en la tarde y noche del siguiente día, malísimos ratos pasaron todos, y singularmente Lea, que á más de llevar sobre sí la carga del gobierno doméstico, tenía que atender al cuidado material de su madre. Pruebas daba en aquella ocasión de cristiana paciencia, y bien se vió que era una mujer preparada para las cuestas ásperas y los pasos angostos de la vida. No desmayaba en su labor dura: aprendió el sacrificio, los acerbos trabajos sin recompensa inmediata, que es la escuela de abnegación, y supo contentarse con el aplauso de su propia conciencia, de donde salía también el estímulo para mantenerse firme y animosa. Vicente, que un rato por la tarde y otro de noche le servía de Cirineo, se recreaba silencioso en las virtudes de su futura esposa, y satisfecho de poseerla se sentía. También el buen Carrasco, tocado en el corazón por la conducta de su hija, daba gracias á Dios de que en tales circunstancias se la conservara, pues si hubiera seguido Lea el ejemplo de su hermana, la familia y su jefe se habrían

visto en el trance más angustioso. Afigidísimo estaba el hombre con la bochornosa huida de Eufrasia, y buena prueba de su pesadumbre era la marchitez de los colores de su rostro en aquellos días, y las flácidas arrugas que se le iban formando en la papada y mofletes. Más encorvado que de costumbre, iba por la calle mirando al suelo, y hasta se creería que el sombrero participaba de la turbación de su amo, achicándose ostensiblemente. Ya porque Don Bruno se lo calaba hasta tocar á las orejas, ya porque se descuidara en cepillarlo, ello es que la agigantada prenda parecía como si hubiera sufrido un tremendo apabullo. En el Casino y otros círculos á donde el público señor concurría, notábanle triste, taciturno, sin ganas de pronunciar las sentenciosas perogrulladas que eran su marca y estilo. En casa hablaba con los chicos, excitándoles á la sensatez de las acciones, así como á la seriedad de los estudios. El mayor, en la edad crítica de los effuvios imaginativos, no hacía gran caso de los sermones paternos, creyéndose con toda sinceridad incapaz de seguir por la juiciosa senda. Loco por el teatro, á solas y recatándolo de todo el mundo, perjeñaba dramas y comedias. Descubrió su padre una noche el bien guardado depósito de los infantiles ensayos,

y pasando la vista por ellos, lo encontró todo detestable, si bien el buen señor reconocía que no era ni podía ser infalible el juicio de un mediano entendedor de cosas literarias. Pero aun cuando fueran excelentes los partos cerebrales de su primogénito, D. Bruno tenía tal afición por vitanda, y haría los imposibles por quitársela de la cabeza. En efecto, la primera noche que le vió después del descubrimiento de la gusanera dramática y cómica, desplegó el Sr. de Carrasco toda su dialéctica sensata para llevar al ánimo del chico la convicción de que para ser hombre de provecho y ocupar, andando los días, una buena posición facultativa ú oficial, tendría que limpiarse el caletre de todo aquel polvillo poético, á fin de que entraran con el conveniente desahogo las graves matemáticas y todas las demás ciencias y artes juiciosas. Si señor: dejárase el chico de borrajear obras escénicas, que esto era de la incumbencia de los llamados *autores dramáticos*, los cuales se morirían de hambre si no tuvieran el arrimo de la política para procurarse en ella un occido y una hogaza.

El segundo hijo de Carrasco, Mateo, era menos imaginativo que su hermano, y aunque el teatro le tiraba como diversión, jamás pensó en disputar sus laureles á Zorrilla, Saavedra y

Hartzenbusch. Tan desaplicado como Bruno estudioso, se desenvolvía mejor que éste en los exámenes, por el garbo con honores de desvergüenza que en sus respuestas empleaba. Aprendía de carretilla las lecciones, favorecido de una memoria feliz, y se asimilaba fácilmente las ideas pescadas al vuelo en los corros de amigos. Poseía el don de la palabra, una como elocuencia embrionaria, picaresca, revoltosa; imitaba las voces y estilos de los profesores, y repetía cláusulas y peroratas ajenas, añadiendo de su cosecha mil graciosos disparates. Descollaba por la acción, por el ruidoso disputar sobre todo aquello de que no entendía jota, por la organización de travesuras, por la facilidad con que imponía su voluntad en éste y el otro cotarro. Atento á estas cualidades, en que el padre veía más bien defectos, aunque no de mala ley, pensaba D. Bruno que aquél su segundo hijo estaba cortado para *hombre público*, y que en tal posición, ya que nombre de carrera ú oficio no podía dársele, había de desarrollar el rapaz grandes aptitudes. Formó, pues, el señor Carrasco el acertado plan de dedicar á Bruno á la carrera facultativa que por entonces se creaba, la Ingeniería de Montes, y meter á Mateillo en los fáciles y parleros estudios de Leyes ó abogacía, donde se adestrara en la controversia y

aprendiera todo el teje-maneje de la política y de la oratoria.

Los chicos eran buenos, en verdad sea dicho, y la grave enfermedad de su madre demostró cuán vivo conservaban, en medio de su desenfado estudiantil, el sentimiento de la familia y el amor intenso á la desgraciada señora que les había dado el sér. Hallándose por aquellos días en vacaciones, robaban horas largas á su continuo vagar con los amigos, por hacer á la enferma compañía en los ratos lúcidos que le concedía su dolencia. ¡Cómo se pintaba en el demacrado rostro de Doña Leandra el gozo de verles, y con qué piedad cariñosa les cogía las manos y entre las suyas las estrechaba, como en son de dulce despedida! Más hablaba entonces con los ojos y con el gesto pausado y solemne que con las palabras, comunmente breves y elementales. Aunque no pronunciaba el nombre de Eufrasia, la imagen de la descarriada moza no se apartaba de su mente, y á ratos su mirar fijo y lelo era como si la viese, invisible para los demás. No desconocía la pobre mujer que los chicos se violentaban permaneciendo á su lado más que de costumbre y privándose de corretear con sus vagabundos camaradas por calles y paseos, y les incitaba con materna solicitud á que saliesen, brincasen y

esparciesen su preciosa juventud, aprovechando el tiempo antes de que se vieran agobiados por los afanes y amarguras de la vida. Ibanse los muchachos á echar una cana al aire, como decía Mateo con sorna, y á solas Lea y su madre, franqueaba ésta serenamente las pensamientos que á ninguna otra persona de la familia quería manifestar. «Lo primero que tengo que pedirte, hija mía, es que no me traigáis acá para que me confiese sacerdote que no sea manchego. Desde ayer siento el afán de arreglar el negocio de mi alma para que no me coja desapercibida la muerte... Mas no quisiera que me encomendáseis á clérigos de Madrid, á quienes tengo por farsantes, parlanchines y de poca substancia, como todo lo de este maldito pueblo. Me figuro que si con uno de éstos me preparara, no tendría mi cabeza el asiento preciso para una buena confesión, ni se quedaría mi conciencia satisfecha y sosegada.»

Admitiendo la superioridad de los curas manchegos entre todos los de la cristiandad, quiso apartar Lea de la mente de su madre la convicción de un próximo fin, y en ello gastó no poca saliva. «Yo sé lo que me digo—replicó Doña Leandra,—y tú habrás oído que al que madruga Dios le ayuda. Quiero madrugar por si el día primero que viene es el último de mi

vida... Para procurarme el sacerdote de mi tierra que necesito, tendrás que verte primero con mi amiga la María Torrubia, que vende ave-llanas y yesca en la Fuentecilla ó en la Puerta de Toledo, y así matamos dos pájaros de un tiro, porque al paso que nos hacemos con un buen cura, veré mi amiga que no me olvido de ella... Habrá creído que la desprecio por pobre ó que en poco la tengo, y no es así, pues la estimo de veras... Antes que se me olvide, te recomiendo que, una vez yo difunta, le des á la Torrubia mi traje de merino negro y los dos refajos oscuros, el pañuelo nuevo de la cabeza y lo demás que á tí te parezca... Pues sigo: la María te dirá dónde encontrarás á D. Ventura Gavilanes, que es un señor cura de grandísimo respeto, aunque á primera vista no lo represente así su estatura corta, la cual casi debiera llamarse enana. Pero todo lo que le falta de tamaño al buen señor, le sobra de entendimiento y de cristianismo. Es de Hinojosa de Calatrava, y por su madre está entrecado con los Garcinúñez de Corral de Almaguer. Desde que le oyes dos palabras á este D. Ventura conoces que es de la tierra, y hasta parece que le sale el olor de ella de las manos y boca. De allí le mandan en cada San Martín, según me dijo, torrezno superior, magras y un codillo de cerdo

que ya lo quisiera el Rey de España para los días de fiesta. A nosotras nos conoció cuando era mozuelo, pues en Peralvillo vivió con su tía, Casiana Conejo, apodada *la Fraila*, de quien te acordarás... Quedamos, hija, en que te verás con D. Ventura, el cual dice su misa todas las mañanas en San Cayetano, y no vive lejos de allí, según creo, pues su hermana tiene un despacho de leche en la calle de los Abades, y su cuñado, natural del Toboso, es dueño de la tienda de ataúdes y mortajas de la calle de Juanelo...»

Queriendo Lea desviar la mente de su madre de aquellas ideas, le habló de las bodas de Su Majestad y Alteza, fijadas ya para el próximo 10 de Octubre; mas no consiguió con esto sino que la enferma saltase bruscamente de la calma serena y dulce con que hablaba, á la irritación y viveza de lenguaje, síntoma de mental trastorno. «No me hables á mí de casamientos de esas puercas—dijo accionando con el brazo útil,—que del tira y afloja del casorio y de los Príncipes consortes, entiendo que me vienen mis desdichas. El Señor me lo perdone; pero no puedo menos de maldecir á quien acá nos trajo todo ese enredo. Por el conderado casamiento te dejó tu novio Tomasito, aunque ahora no me pesa, pues vale más que él, como en pro-

porción de ciento por uno, Vicente Sancho; por el aquél del casamiento y del lío de los *enriqueños* contra los *paquistas*, se metió Bruno en aquella tramoya fea que nos privó de nuestro viaje á Peralvillo; y ¡por! el casamiento ¡Dios me valga!, he perdido para siempre á mi hija Eufrasia... Si... me han robado la joya esos indecentes de la Inglaterra... Pues qué, ¿no es claro como la luz que el robo de Eufrasia, á quien no ya como perdida, sino como muerta lloramos todos, significa la venganza del Inglés contra la Francia por haber ganado ésta el pleito del matrimonio...? Harto sabían los de Londres que nosotros éramos partidarios de Francia, y que no queríamos *Comburgo* ni á tiros. Y viendo que ellos perdían y nosotros ganábamos, desfogaron su rabia y despecho robándonos á nuestra hija, y de ello se encargó el bandido negro y feroz... ese Terry, á quien veamos comido de lobos...»

XXXII

Ignorante de la desazón que á su esposa causaba el por tantos modos martirizado asunto de los casamientos, lanzóse el Sr. de Carras-

so á una picante conversación con la Socobio, comenzando por declararse galanamente vencido, toda vez que la opinión suya respecto á candidatos había quedado por los suelos. «Reconozco, amiga Cristeta, que fuimos unos bolonios los que levantamos la bandera del Don Enrique y por ella comprometimos la pelleja. Bien guisado lo tenían Francia y Cristina en favor del Francisco, y razón le sobraba á usted cuando por él ponía su mano en el fuego. De algo ¡carambos! le había de servir á la señora Camarista el tener día y noche sus narices tan cerca de las ollas de Palacio, y el poder levantar las tapaderas de las susodichas ollas para saber lo que en ellas se guisa...

—¡Para que me diga usted ahora, querido Bruno—replicó la Socobio relamiéndose,— como me dijo en otra ocasión, que á mí no me daban en Palacio más que las raspas de la comida!

—No, no ¡por vida de...! que las mejores tajadas le dan: ya lo hemos visto—dijo el *hombre público*;—y como me precio de imparcial y sensato, no soy ahora de los que se empernan en sostener una opinión vencida. Resuelto ya el problema por la Corona de acuerdo con las potencias, no seré yo quien me ponga enfrente de las potencias ni de la Corona. Una

vez que nuestra Soberana se ha dignado elegir por esposo al dignísimo Duque de Cádiz, ¿qué hemos de hacer los buenos ciudadanos más que acatar esa voluntad? ¿Es español el marido de la Reina? Pues nos basta, que siendo español, de él se puede esperar todo lo bueno. Ni con un Coburgo, ni menos con un Trápani, habríamos transigido nunca. ¿Es D. Francisco, á más de español, honrado, valiente, religioso, aplicado, cortés, amante de su patria? Pues si todas estas cualidades posee, no ha de tardar en tener la de liberal, que viene á ser, como dice Centurión, el resumen de todas ellas.

—Tenga usted por cierto, Sr. D. Bruno—dijo Cristeta,—que Dios ha venido á ver á nuestra desgraciada Nación, y que en los días futuros España será el espejo que fielmente reproduzca la felicidad de nuestros Reyes, reproduciendo sus benditas imágenes.

—No tanto, amiga mía, no tanto—dijo gravemente el manchego extendiendo su mano como para poner un dique al torrente de felicidades anunciado por la camarista.—No es todo venturas, pues si nos congratulamos por lo que se refiere á la Reina, no podemos decir lo mismo de la Infanta, ni aprobamos que nos la casen con un francés. Bien dicen que no hay dicha completa, y en este pastel nos han mezclado

lo dulce con lo amargo, para que no nos veamos nunca libres de extranjeros... ¿A qué demonios nos traen acá ese Montpensier ó *Montpetibú*? ¿Qué pito tiene que tocar entre nosotros ese caballerece? Siendo como es la Infanta la inmediata sucesora al Trono, ¿cómo no pensaron en la contingencia de que entre á reinar la segunda hija de Fernando VII? Cuando se me dijo que estaba acordado el casar á Luisa Fernanda con el hijo de Luis Felipe, se me ocurrió una idea magnífica para conciliar los deseos de la Francia con los intereses y la independencia de nuestra Nación. Pues yo le diría con muchísimo respeto á D. Luis Felipe: «Sí señor, nos avenimos á darte para tu hijo Antoñito la mano de nuestra Infanta; pero con la condición de que no ha de celebrarse el casamiento hasta que Su Majestad Doña Isabel II se digne asegurarnos con su primer parto feliz la sucesión á la Corona.» Y yo voy más lejos: yo llego hasta fijar que ha de ser sucesión masculina, para mayor garantía, y que han de mediar certificaciones facultativas muy serias acerca de la robustez de la criatura... ¿Qué le parece á usted, Cristeta?»

A contestar iba la Socobio, cuando de la alcoba cercana salió una voz terrible y cavernosa, que á todos les puso los pelos de punta.

Mas no por lo espeluznante dejaba la tal voz de interesar grandemente á cuantos allí estaban, pues era el propio acento de Doña Leandra lo que de la alcoba como de un sepulcro salía. «Tú, gaznápiro de siete capas, Bruno, mal marido de Leandra la de Calatrava, ¿qué sabes de Reinas paridas, ¿ni de Príncipes masculinos, para que prosperen los reinos? Cállate, harto de ajos, cerrojo, hi de tal, que toda tu ciencia es el hueso del gran sombrero que gastas para espantar á la gente. ¿Ni qué sabes tú del francés que nos traen ni de la Infanta que nos llevan, si no has tenido alma para defender á tu hija de las garras del inglés que nos la robó? ¿A qué hablas tú de patriotismo, si el primer patriotismo es ser buen padre y tú no lo eres? ¿Y qué dices de extranjeros, si el primer extranjero eres tú, porque extranjero es el que no quiere á su familia y no la defiende y no procura su felicidad?»

Acudieron Cristeta y D. Bruno á contenerla y acallarla, para lo cual pocos pasos tuvieron que dar, pues ambos conversaban sentados á un lado y otro de la puerta que abría paso desde el gabinete á la alcoba. Y antes de que llegaran á poner sus manos en la cama, ya Leandra andaba en la operación de sujetar á su madre, la cual, bruscamente sacudida y disparada por

el efecto de lo que oía, trató de ponerse en pie sobre el lecho, no pudiendo llegar á postura más elevada que la de hinojos, y ello fué con presteza semejante á la de los muñecos que por la tensión de resortes de acero salen de una caja. De rodillas, medio destapada de una cadera y enteramente desnuda de un brazo, estirando los dos, empezó á soltar de su boca los terribles anatemas ya dichos, á que siguieron otros más violentos y desatinados.

«Su Merced ha olvidado—dijo Lea á su padre por lo bajo,—que eso de los casamientos la trastorna más que cosa ninguna, y que con media palabra que de ello se le hable se nos pone perdida.

—Aquí tenemos—prosiguió Doña Leandra dejándose amansar por los abrazos y carantoñas de su hija,—al arreglador de todo el mundo y al que trae por los cabezones á la Europa universal!... Antes no queríais nada con Don Francisco, y ahora que os le han montado en las narices, ya le acatáis y le hacéis el *rendibú*, lamiéndole la mano para que os eche migajas... ¡Ah, perros lambiones, gorriones y servilones! Antes era el Serenísimo un chupacurios y un motilón, y ahora es Rey de veras, honrado, caballero, valiente, y liberal de añadidura. Pues sí: *regostós la vieja á los bleaños...*

El marido de Doña Isabel os dirá: «El liberalismo que yo traiga, que me lo claven en la frente...» ¡Ja, ja!... ¡Apañados están los estacados del Progreso! Ayer conspirábais como topes, y hoy como gallos cantáis en el montón de basura más alto del gallinero... Pero no os hacen caso, no... que allá saben del pie de que cojeáis...»

Decía esto, ya vencida de los cariños y de la superior fuerza muscular de su hija, que después de tenderla en el lecho y de acomodar su cabeza en el descanso de las almohadas, dábale palmaditas, pronunciando dulces términos filiales. D. Bruno y Cristeta no hacían más que suspirar, contemplando en silencio el lastimoso cuadro. Como ruido decreciente de una tempestad que corre, sonaron aún los anatemas de Doña Leandra: «¿A mí qué me va ni qué me viene en esto? Me vuelvo á mi casa, y arreád ahora vosotros con la vida... No es mala felicidad la que os espera con vuestra Reina casada... ¡Y mi hija, la muy tal, corriendo sola por las calles!... Os digo que huele á podrido en las Españas... Ya estoy viendo el pelo que echaréis en el reinado nuevo... Cantad, gallitos míos, en el muladar, que ya me lo direis cuando os lleguen al cuello las basuras y no podáis echar la voz; cantadme la tonadilla de libertad y

moderación, y abrid luego la boca para que os echen la miel que le echaron al asno... No es mala miel la que echarán en la boca de todo el Reino... ¡Pobre Reino! ¡Cómo le van á poner entre unos y otros, y qué lástima me da verle la cara contanto cuajarón!... Tú, gran zopenco, cuando te hagan ministro, avisa... Echale otro piso al sombrero para que desde allí te veamos, nombre, y podamos decirte... ¡arre, vueccial...»

Los últimos ecos de la tempestad, frases cortadas por sarcásticas risas, fueron apagándose hasta llegar al silencio. Retiráronse Cristeta y D. Bruno á comentar á solas el atroz delirio de la enferma, lamentándose el segundo de que una mujer que era *la boca más limpia* de toda la Mancha y aun de la España entera, pues jamás se le oyó vocablo mal sonante, saliese ahora tan deslenguada, por causa del trastorno paralítico, y pronunciase injurias tan feas, nada menos que contra el Reino, ó sea la Nación, y contra las mismas personas Reales. ¿Quién demonios pudo haberle enseñado ideas y palabras tan opuestas al modo de ser de Leandra y á su natural decencia? Indudablemente, metido el mal en el caletre, y dañando y corrompiendo toda la parte sensible del *discurso*, era de los que no dan tiempo al remedio, y el

hombre ¡ay! se iba convenciendo de que tendría mujer para muy pocos días. Por más que el ingenio fecundo de Cristeta intentó consolarle, no cejaba en su pesimismo el buen Carrasco, y con los suspiros que echaba podía mover sus aspas un molino de viento. El caso vergonzoso de su hija, primero, después el desastrado acabamiento de su esposa con aquel grosero delirar, más propio del populacho que de enfermos decentes, tenían al respetable señor muy aliado: su rostro, antes plácido, se le había vuelto tenebroso; diez años lo menos se habían aumentado al natural peso de su edad; ni las más picantes discusiones ó chismografías políticas le apartaban de su tristeza y amargura. «En fin, Cristeta—dijo tomando el sombrero,—si usted se queda un ratito más para acompañar á la pobre Lea, á ese ángel, Dios le pague su caridad. Yo me encuentro de tal modo atontado con estos disgustos, y me impresiona tan terriblemente el ver y oír en ese estado á la pobre Leandra, que no extrañaré caer también enfermo y dár el barquinazo gordo... Parece que me falta la respiración, que me ahogo y que las piernas me flaquean. Déjeme usted que salga á tomar un poco el aire y á dar una vuelta por el Casino.»